

nos de una individualidad separada de su contexto, pero Terenci Moix se ocupa muy bien de no caer en ello. Y ésta es la razón por la cual nos dice, nos pregunta mejor, si "las trampas mercantilistas del padre del poeta ¿no anuncian acaso a una burguesía enfermiza, la catalana, incapaz de asumir su cometido histórico?, 'o si' el afrancesamiento de los salones pompeyanos ¿no nos habla de un mundo dirigente alejado de los orígenes nacionales, refractario a cualquier reconocimiento autóctono?"

Ya en el contexto de su libro, en sus propias páginas, Moix (quien evidencia una madurez excepcional para ser un autor que todavía no tiene 30 años de edad), clarifica aún más a su personaje central (Oliveri, quien coincide en muchos puntos con el Oliveira de Cortázar), en los siguientes términos: "Pero si he decidido escribir en tercera persona y a la manera tradicional para hablar de mi héroe (que será un antihéroe maldito), es para encontrar, sin subjetivismo, algo de verdad. Y es para evitar, mediante el objetivismo, la fascinación que mis obsesiones y mis profundos quebraderos de cabeza pueden ejercer sobre lo primero que hago seriamente, condicionando su validez como obra literaria estricta más allá de lo que puede significar como prolongación de mi personalidad. No habrá ningún experimentalismo, te lo prometo, porque lo único que me interesa es encontrar, a través de la verdad de este personaje, mi propia verdad."

La idea del antihéroe (también cortaziana) es lo que nutre a esta novela epistolar y "sin experimentalismos" de Terenci Moix, quien se mete a fondo en un cuestionamiento absoluto, total, de la realidad.

En este sentido, *Olas sobre una roca desierta* funciona sobre dos cuestionamientos fundamentales: 1. El de una burguesía en formación (¿o deformación?) y la descomposición de una aristocracia completamente extemporánea; y 2. El del amor como posibilidad de comunicación en un mundo enajenado por la sociedad del consumo.

Todo esto, por cierto, está dicho en forma sencilla, con un alto juego de ideas, con enorme profundidad. La novela, así, se toca con el ensayo, ahora en una serie de cuestiones que, por el estilo epistolar, resultan factiblemente naturales. La verosimilitud literaria se logra en *Olas sobre una roca desierta*, en contraposición constante con la verosimilitud vital: Oliveri, en definitiva, no existe, no puede existir sino arquetípicamente, esto es, fuera de la realidad.

Libro apasionado, íntimo, subjetivo (a pesar de sus resabios de "objetividad"), es en conjunto una novela realmente extraordinaria, a nuestro juicio; una obra escrita desde adentro, visceralmente, sin miedo. Creemos, con toda honestidad, que es una de las novelas más importantes y hermosas escritas en los últimos tiempos.

Y es que Oliveri —aun dentro de su irrealidad— representa con justeza lo que tal vez sea la enfermedad de nuestros días, la misma que se traduce en una vida conceptualizada como mágica, en el sentido de imaginar, de inventar. Esto a tal punto que Oliveri, que es incapaz de amar, lo logra

finalmente con Adalgisa, quien no ve, y la deja justamente cuando recupera la vista porque, como él mismo lo señala, las gentes "correrán, lo repito, por un mundo que yo habría inventado para Adalgisa, si no fuera que aquella Adalgisa inventada por mí ya no existe".

Debemos reconocer —para terminar— que *Olas sobre una roca desierta* no es un libro fácil. Su ritmo es lento y con una prosa rica, llena de espesor y roncadas resonancias. Las ideas fluyen en él con naturali-

dad, pero obligan a hacer pausas, a pensar, producen en el lector una serie de imperiosas incitaciones. En esta dimensión, la lectura se vuelve gozosamente lenta, meditativa y, por supuesto, deprimente.

De esta manera Moix logra, sin duda, convencernos de que es verdad lo que en cierto momento de su libro afirma, que "la sensualidad, acaso más que nada, es la presencia perenne de la muerte y el sufrimiento". Lo cual es cierto sólo a medias, pero es cierto.

¿universidad crítica

en hispanoamérica?

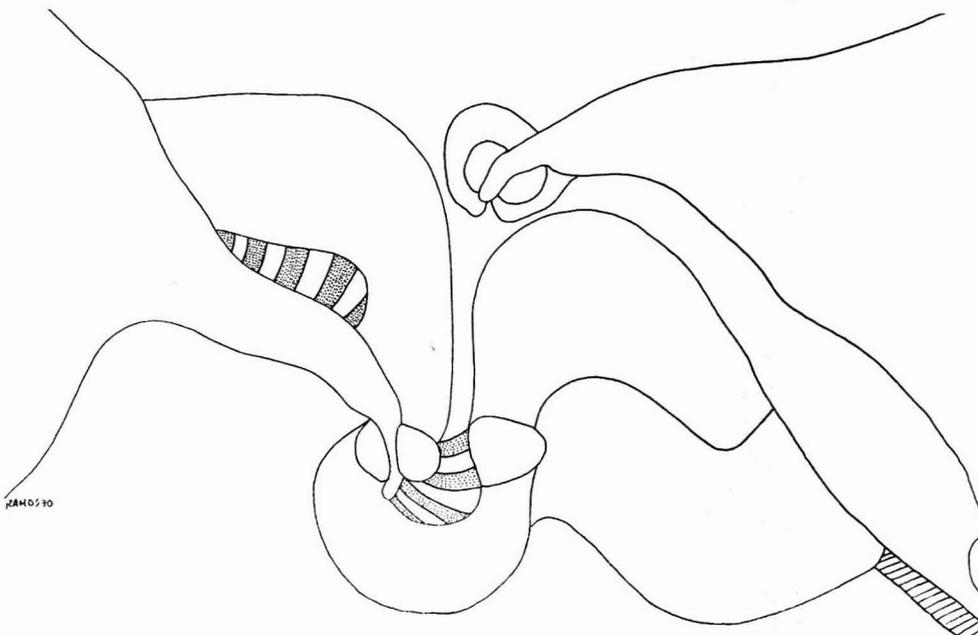
por Miguel Bautista

Este libro responde a la idea de revisar y estudiar las estructuras de la Universidad, para observar el grado de operancia de sus programas y de su filosofía social frente a la realidad de los países hispanoamericanos. De allí el título que propone los términos del problema: *Universidad, dependencia y revolución*. La universidad como el mayor centro de enseñanza, investigación y difusión del país. La dependencia como la realidad socio-económica a superar, en que la universidad ha de mostrar su eficacia para dar al estudiante un conocimiento profundo de la realidad. Conocimiento que le sirva para elaborar con éxito la solución a los problemas del subdesarrollo y que parta de una base científica y revolucionaria.

Los autores, profesores e investigadores de la Universidad Central de Venezuela, profundizan en el estudio de la universidad explicitando y ligando sus características, metas y perspectivas a la situación real de dependencia y subdesarrollo de nuestros países, teniendo en cuenta la superación del subdesarrollo y la dependencia como condición para alcanzar la meta de una sociedad moderna, desarrollada y humana que garan-

tice la satisfacción de las necesidades de todos sus miembros. Su aportación a la tarea de renovación universitaria es un proyecto para la creación de una Facultad de Ciencia Social con programas y niveles de nuevo tipo, de nuevo contenido y proyección, y los análisis que hacen de la determinación de la universidad por la sociedad hispanoamericana dependiente.

Héctor Silva Michelena y Rudolf Sontag plantean el problema de la actualidad y las tareas de la universidad a partir de la experiencia de la Universidad Central de Venezuela, pero que puede guardar analogía con otras universidades. Dicen por ejemplo: "Como punto de partida, debemos decir que la crisis de nuestra máxima casa de estudios está profundamente ligada al carácter gravemente dependiente de nuestra sociedad; en este contexto, la universidad napoleónica, de la cual la Universidad Central Venezolana es un típico modelo, ha servido de recipiente activo en la acumulación y desencadenamiento de los conflictos. En efecto, la universidad napoleónica, con sus características de profesionalización y fragmentación en facultades, fue implantada entre nosotros por las clases dominantes



en el siglo XIX. A nuestra institución le ocurrió lo que a otras instituciones también ocurre en las sociedades dependientes que les dan cabida: que las modificaciones y cambios progresivos que experimenta el modelo foráneo no van acompañados de una evolución similar de su 'reflejo' interno, local. Y no puede ser de otra manera si es verdad que la dependencia es un elemento estructural interior a todo país sub-desarrollado; la institución es función de los intereses socio-económicos y, en consecuencia, los expresa en la rigidez de su organización" (p. 153). Esta caracterización no debe interpretarse como rígidamente determinista, ya que el simple planteamiento y enfoque crítico del problema implica que hay posibilidad de cambio en la universidad.

Aquellas características de la universidad napoleónica o liberal, determinan los siguientes problemas: en las estructuras universitarias, la rigidez en la oferta de carreras a los estudiantes, con la consagración en prestigio de las clásicas carreras liberales de Medicina, Ingeniería y Derecho lo que va en detrimento de la preparación de elementos técnicos y ligados a la producción y está en relación con el interés de las clases conservadoras de la sociedad. En el campo de las ciencias, en especial de las ciencias sociales, la fragmentación del conocimiento, que incapacita al estudiante para entender la sociedad en que vive. Esta fragmentación es tan profunda que penetra no sólo "a la estructura por facultades sin conexión alguna sino hasta los dominios infranqueables de cada asignatura". En el campo de las ciencias naturales, la importación y receptividad de los programas de conocimiento que se forjan en y para los países subdesarrollados —generalmente capitalistas— lo que niega las posibilidades de creación de una ciencia propia basada en las necesidades del país. Todos estos problemas inciden en la capacidad de los estudiantes para desarrollar conocimientos e investigaciones que guarden relación con la situación real del país.

Supongamos —dice Héctor Silva Micheleña— que "en algún periodo docente ideal de cuatro años (en Ciencias Sociales) se dan todas las clases programadas, los estudiantes leen todas las lecturas obligatorias, y se hacen todos los trabajos prácticos previstos, el resultado sería todavía insatisfactorio y, quizá, trágico". "El científico social así formado sería muy poco lo que puede contribuir a esclarecer los problemas centrales de su país y del continente" (p. 185). *En consecuencia los autores proponen dar a la universidad el papel de avanzada del pensamiento crítico y de la investigación de los problemas sociales, económicos y políticos de nuestras sociedades hispanoamericanas, planteando, entre otras cosas, la unificación de enseñanza e investigación, como forma de renovar la docencia y dar a la universidad uno de los caracteres de la Universidad Crítica.* En efecto, es necesario, se nos dice, dentro de este planteamiento, que no se conciba al estudiante como un elemento pasivo ante la cátedra del maestro, sino activo, que para profundizar sus estudios se plantea problemas concretos,



incluso de su mismo medio social, los investiga y llega a proponer soluciones.

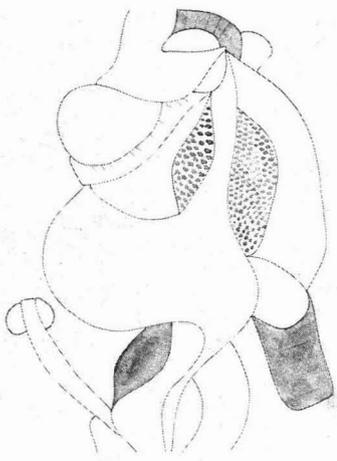
De allí el proyecto para la creación de una Facultad de Ciencia Social con nuevos programas y objetivos. La finalidad de la nueva Facultad sería tener una función integradora de los conocimientos, que supere la función disgregadora de los departamentos y escuelas tradicionales, auspiciar la investigación de los estudiantes y la formación de una conciencia crítica en ellos. La nueva facultad no se basa en "departamentos" y "escuelas" sino en unidades integradoras, en virtud de que para los objetivos de la formación de los estudiantes de ciencia social, la diversificación de la ciencia social en varias escuelas, la organización actual en carreras y la separación de docencia e investigación son "inadecuadas y obsoletas".

Los ciclos de la nueva facultad serían: un Ciclo Básico de dos años, un Ciclo de Diferenciación de dos años y un Ciclo de Integración Completa de un año. En estos ciclos se estudia conforme a unidades integradoras que se forman por materias, por problemas y por problemas y materias. ¿Cómo se forma una unidad? Un ejemplo

de unidad por materias sería la unidad de matemáticas, compuesta por varias materias afines, o la de metodología de la ciencia social. Un ejemplo de unidad por problemas sería la unidad de Formación del subdesarrollo, la de Organización política de las naciones y bloques, o la de Problemas culturales del subdesarrollo. A partir del tercer ciclo el estudiante trabaja en la solución de un problema concreto que ha seleccionado previamente, lo cual se obliga a aplicar prácticamente los conocimientos y actitudes suministrados en los ciclos anteriores. "El criterio fundamental para establecer cualquier unidad será siempre la realidad de que América Latina es una región subdesarrollada, dependiente; en segundo lugar, la provisión del conocimiento, crítico, racional y revolucionario" (p. 203).

El objetivo de este plan es que el estudiante "tome plena conciencia de que al trabajar en la solución de un problema no puede actuar ni actúa como un especialista sino como un científico social integral, es decir, crítico, racional y revolucionario" (p. 197).

Pueden resumirse los elementos valiosos del proyecto diciendo que propugna: 1) el



la memoria inmediata

por Carmen Galindo

criterio interdisciplinario entre las ciencias sociales; 2) el contacto con la vida; 3) la unidad de enseñanza e investigación; 4) el espíritu crítico, racional y revolucionario.

Indudablemente este proyecto contiene valiosas indicaciones para revisar los estudios de ciencias sociales, y criterios interesantes para la orientación de la universidad; aunque debe ser no sólo tomado en cuenta a partir de la experiencia universitaria de nuestros países, sino cotejado con sus condiciones educativas y sociales específicas. Es claro, por otra parte, que la realización total del proyecto, en las condiciones actuales, tomando en cuenta la correlación de fuerzas, condiciones sociales y nivel académico, es difícil. Sin embargo es igualmente claro que una Universidad Crítica contribuiría a la investigación de los problemas sociales, económicos y políticos del subdesarrollo, y a la formación de cuadros capacitados para resolverlos con una conciencia crítica revolucionaria. En este sentido, los autores sostienen la necesidad de profundizar lo que llaman el "extrañamiento positivo" de los universitarios ante la realidad de sus sociedades y que equivale a la formación de una conciencia socialista con estas características: humanismo ante las estructuras sociales, no considerándolas como valor en sí mismas, exigencia de un desarrollo nacional propio y partidismo por la violencia (téngase en cuenta la violencia empleada contra los sectores democráticos en Venezuela y que el libro está escrito a partir de las condiciones particulares de ese país). Estas características configuran "una utopía concreta" o proyecto de una sociedad humana y racional para Hispanoamérica.

El libro es rico en planteamientos, y quizá sólo habría que objetar la generalidad de algunos análisis económicos y políticos en que no se tienen en cuenta las diferencias específicas de cada país, ya que esos análisis son válidos más bien para los países del cono sur. No obstante se trata de un estudio indispensable al enfocar el papel de las universidades en los países hispanoamericanos. Por dos características: la profundidad del análisis y el hecho de que los autores no lo desarrollan en la línea de un pensamiento académico, aséptico, sino en la perspectiva de la liberación y cambio de nuestros países.

Carlos Monsiváis consignó los acontecimientos significativos del último lustro en un vasto, deslumbrante y agresivo relato que se titula *Días de guardar*. Al leer la obra, nadie dejará de recordar las crónicas periodísticas que la originaron; nadie, tampoco, supondrá una resurrección de esas crónicas. Ignoro si fueron reescritas; sé, al menos, que el lugar que ocupan en la estructura del libro, las modifica. Obra de arquitectura, cada crónica intensifica el significado de las otras, apoya y enriquece el resto. Recuento minucioso de lo trivial y relato pormenorizado de los sucesos fundamentales, el conjunto es una crítica de la realidad mexicana y a todos los niveles.

El mundo de aquí y ahora es una preocupación para nosotros, una ineludible e impostergable preocupación, la más vital, sin duda. Con un cataclismo verbal, *Días de guardar* —como el simbólico retrato de Dorian Gray— muestra el verdadero y actual rostro de este país. *Días de guardar*, peculiar memoria histórica, recuerda la presentación de Raphael en la Alameda y en El Patio, la de Jim Morrison y su grupo en el Forum, la de los Byrds en el Estadio Olímpico. Ingeniosa paráfrasis de la realidad, *Días de guardar* evoca el mural efímero de Cuevas, el estreno de *Hair*, un concierto de jazz en Puebla, una fiesta escolar, el diez de mayo y el doce de diciembre.

Lo banal y lo perdurable, lo superficial y lo profundo, la periferia y el centro, el exterior y el interior, el retrato y la radiografía, el mundo de las apariencias y el de las esencias. *Días de guardar* examina las páginas de sociales, el baile de las debutantes, el recital de Bertha Singerman en Bellas Artes, el camp y la trivía. Enumera lo visible y lo invisible, refiere las desventuras históricas y señala los mitos. Un poema formula una versión nacional de *Howl*, una crónica propone la realidad de Tepito y una más —no la menos ambiciosa— una imagen mística del Eclipse. En algún momento se elogia a Juan Orol, en otro se censura el establishment y junto a un México a través de McLuhan se incluye una glosa heterodoxa del PRI. En *Días de guardar*

dar perduran asimismo la Manifestación del Rector, la toma de la Ciudad Universitaria, la Manifestación del Silencio y el 2 de octubre.

De múltiples clasificaciones literarias —no todas excluyentes— participa *Días de guardar*. Puede sorprendernos que el autor haya olvidado o atenuado las leyes de la crónica; imaginemos que, al escribir así, la literatura reconstruye el camino de retorno a los orígenes. La crónica vuelve a confundir sus fronteras con la historia, con la épica, con el teatro, con la poesía, con el ensayo, con el periodismo, con la sátira, con la literatura militante. A la disidencia en todos los frentes corresponde una disidencia literaria encarnada en esta forma libérrima, sin límites.

A imagen y semejanza de la forma sin límites, el lenguaje proviene de diversas disciplinas —de disímiles y personales obsesiones— e incorpora, igualmente, palabras marginadas por el puritanismo académico o por la sintaxis gubernamental. Con un seguro instinto idiomático, Monsiváis obliga a las palabras a cumplir funciones que les son posibles, pero no habituales. Las obliga a ampliar su significado hasta hacerlas aparecer en compañías insólitas. Así, el lenguaje acepta la elección de Monsiváis: el conocimiento multívoco de la realidad.

Más que rendir homenaje a la tradición, el escritor ha preferido la individualidad, el aislamiento, la insularidad del estilo. Monsiváis tiene el gusto por la analogía, vale decir por la metáfora. En *Días de guardar*, como siempre en el mundo de Monsiváis, los objetos disímiles tienen un lugar de encuentro. Ya que, si lo he de decir todo, esta literatura comprometida aspira, también, al asombro, a la ruptura incesante de la ley estética establecida.

(Hemos señalado algunas notas distintivas de *Días de guardar*, naturalmente estas breves líneas no agotan el comentario; una omisión es imperdonable: el violento humor de Monsiváis. Digamos, con Borges, que cumple uno de los preceptos: es memorable.)

Carlos Monsiváis: *Días de guardar*, México, Ediciones Era, 1970.

